



He escuchado tu oración, he visto tus lágrimas

Is 38, 5

Mayo-Pascua del enfermo

Salud para ti, salud para tu casa

1 Sam, 25, 6



Pedimos Salud. “Salud para ti, salud para tu casa”, que es lo que se nos propone este año. Pedimos por tanto por todos los enfermos, también por quienes en este tiempo recibirán la Unción, sin olvidarnos de agradecer al Señor todo lo que cada día obra en nosotros y en los enfermos que conocemos. Vamos a tener presente también a los profesionales médicos, enfermeros y voluntarios, llamados a ser imagen viva de Cristo y de su Iglesia. A tantos familiares

que ponen su vida día a día a servicio de los ancianos y enfermos.

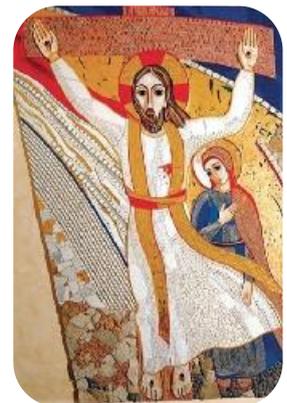
1. Canto: El Espíritu de Dios hoy está sobre

Bendigamos al Señor, Dios de toda la creación,
por habernos revelado su amor.
Su bondad y su perdón y su gran fidelidad,
por los siglos de los siglos durarán.

**El Espíritu de Dios hoy está sobre mí
Él es quien me ha ungido para proclamar
La Buena Nueva a los más pobres,
La gracia de su salvación (bis).**

Enviados con poder y en el nombre de Jesús,
a sanar a los enfermos del dolor;
a los ciegos dar visión, a los pobres la verdad
y a los presos y oprimidos libertad.

Con la fuerza de su amor y de la resurrección
anunciamos llega ya la salvación.
Que ni el miedo ni el dolor,
ni la duda o la opresión,
borrarán la paz de nuestro corazón.



2. Del Evangelio de San Marcos 5, 25-34

Había entre la gente una mujer que hacía doce años padecía de hemorragias. Había sufrido mucho a manos de varios médicos, y se había gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada, pues en vez

de mejorar, iba de mal en peor. Cuando oyó hablar de Jesús, se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto. Pensaba: «Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana». Al instante cesó su hemorragia, y se dio cuenta de que su cuerpo había quedado libre de esa aflicción. Al momento también Jesús se dio cuenta de que de él había salido poder, así que se volvió hacia la gente y preguntó: —¿Quién me ha tocado la ropa? —Ves que te apretuja la gente —le contestaron sus discípulos—, y aun así preguntas: “¿Quién me ha tocado?” Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién lo había hecho. La mujer, sabiendo lo que le había sucedido, se acercó temblando de miedo y, arrojándose a sus pies, le confesó toda la verdad. —¡Hija, tu fe te ha sanado! —le dijo Jesús—. Vete en paz y queda sana de tu aflicción.

3. Canto o audición

“Tocaré el borde de tu manto”
(Ministerio de Música Berakah-incluso con video)

**Tocaré el borde de tu manto, Jesús,
sentirás que hay alguien a tu lado, soy yo.
Mírame tal como soy y perdóname, Señor,
he pecado, necesito tu salvación.**

**¡Sáname ahora! toca mi enfermedad,
yo proclamo tu victoria sobre mí.
¡Sáname ahora! a ti me entrego
y te glorificaré toda mi vida.**



4. Testimonio

(a ser posible un testimonio en vivo y en directo)

La Trinidad sufriente

El día que llegué, la primera vez, para ser presentado al Director Sanitario... se me plantó en frente un chico sobre los treinta, que me miraba quieto y serio. ¿Quién eres? Me preguntó sin más con voz firme y decidida. Le sonrío amable y contesto: soy don Ugo, el nuevo capellán de esta casa. Hago una pausa y añado: y tú ¿quién eres? El chico vaciló un poquito, después ensanchó los brazos como en cruz y dijo: “Yo soy un hebreo, vengo de Israel y mi Padre está allá arriba”, mirando lentamente hacia arriba. Acababa de encontrarme con Jesús. El primer huésped que he conocido se me ha presentado como Jesús. De ese chico —que se creía que era el Hijo de Dios— recuerdo solamente eso. Él seguramente deliraba, pero a mí con ese delirio me llegó un mensaje bien preciso recordándome las palabras del Evangelio: *“Estaba enfermo y me visitasteis... cada vez que habéis hecho esto a uno solo de estos mis hermanos más pequeños, me lo habéis hecho a mí”*.

No pasó mucho tiempo cuando llegó a esta estructura Francesco. Un joven que al verlo parecía el retrato de la salud. En cuanto supo que era el sacerdote

quiso hablarme. Se informó sobre cómo funcionaba la Capilla, los horarios de las celebraciones, sobre mi actividad. Al final dijo: “Si me necesitas no tengas reparo, pídemelo lo que quieras. Yo soy Zeus, o como me quieras llamar, soy Dios Padre!”. En la mente de aquel chico estaba la seguridad de estar dotado de poderes divinos, más aún, de ser Dios mismo, y que su tarea fuese la de eliminar el mal y hacer triunfar el bien. Pero ¡qué difícil le resultaba!

Ya solo faltaba el Espíritu Santo. Y también él llegó puntualmente a este complejo. Fue Nicola el que se presentó así. Uno ya no tan joven, desdentado y desordenado, que daba vueltas con sus bolsas llenas de libros y de bártulos. Cuando entendió que yo era el capellán quiso contarme su vida. Turbulenta como no pocas, con muchos sueños rotos. Pero con una certeza que a veces gritaba a todos incluso mientras paseaba por los pasillos: “¡Yo soy el Espíritu Santo!” Y por supuesto, no podía dejar de cumplir su papel: “Tu don Ugo – me proponía – serás comandante de la flota espacial imperial!” “Eh, querido Nicola – le contestaba – pero yo soy el sacerdote, no puedo mandar a un ejército, no me dan el permiso!” Nicola se desorientaba solo un instante, para contestar en seguida: “Entonces tú serás Papa. Y también santo”. Y ahora, ¿quién se atreve a contradecir al Espíritu Santo? ¿Entendéis por qué me encuentro tan bien entre éstos, mis hermanos y éstas, mis hermanas? La Trinidad está aquí doliente y amable, en el delirio, en el silencio, en los gritos, en gestos estereotipados... , en los ojos que te miran apagados, en los pensamientos confusos y en la rabia, en los miedos y en las ansias. Y en las personas que se toman a pecho esta humanidad tremebunda y marginalizada.

Cuando digáis el próximo *Gloria al Padre*... acordaos también de nosotros, aquí.

D. Ugo Quinzi – Capellán del Psiquiátrico “Samadi” de Roma)

5. Oración en silencio

En el Icono contemplamos a la Trinidad que recibe en su centro a la humanidad doliente, herida, medio muerta. Alrededor de la humanidad, envolviéndola, como abrazando al ser humano, están tres círculos inclinados, uno hacia otro, con las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu.

El Padre: La más grande de las tres personas, pone las manos bajo los brazos de la creatura humana para **sostenerla**. Pone toda su fuerza para ayudar al ser humano a alzarse. Besa a la humanidad como Padre misericordioso.

El Hijo: Al otro lado del ser humano, el Hijo, que se inclina sobre él y le **sirve**, en un gesto que recuerda el lavatorio de los pies. Las llagas nos muestran que es el Resucitado. Por la Resurrección sabemos que Dios está de parte de los pobres y excluidos.

El Espíritu: **Alienta y fortalece** el actuar conjunto del Padre y el Hijo, y a la humanidad sufriente. Es expresión del Amor. En forma de fuego y paloma está a punto de entrar en el corazón del ser humano para resucitarlo, darle Vida.



6. Preces

- Para que des consuelo y paciencia a nuestros enfermos, sabiendo que sus sufrimientos unidos a los de Cristo tienen gran valor para toda la humanidad.
- Por quienes cuidan de los enfermos, la familia, los profesionales y voluntarios, para que sepan descubrir tu rostro y servir con delicadeza y caridad su dignidad inviolable.
- Por quienes reciben en este tiempo el sacramento de la Unción de enfermos, para que se sientan acompañados en su debilidad y el Espíritu del Señor les aliente y fortalezca.
- Para que nos sintamos parte de este mundo en brazos de la Trinidad, que nos sostiene y alivia.

... Se pueden añadir otras peticiones

7. Padre Nuestro y Oración

Tú quisiste, Señor, que tu Hijo unigénito soportara nuestras debilidades, para poner de manifiesto el valor de la enfermedad y la paciencia, concede a cuantos se hallan sometidos al dolor, la angustia o la enfermedad, la gracia de sentirse elegidos entre aquellos que tu Hijo ha llamado dichosos, y de saberse unidos a la pasión de Cristo para la redención del mundo.



8. Canto final

Salve Regina, madre de misericordia,
vida y dulzura, esperanza nuestra, salve.

Salve Regina. A ti clamamos, los desterrados hijos de Eva,
a ti suspiramos gimiendo en este valle de lágrimas.

Abogada nuestra, vuelve a nosotros tus ojos, muéstranos
tras este destierro el fruto de tu vientre, Jesús.

Salve Regina, madre de misericordia,
o clemente o pía o dulce virgen maría,
salve Regina. Salve. Salve.

